

taban de regreso en febrero de 1577. El príncipe de Condé se había negado á recibir el mensaje de los «supuestos Estados de Blois;» en cambio el rey de Navarra había dispensado una buena acogida á los embajadores, pues no teniendo hijos Enrique III ni el presunto heredero Francisco de Alenzón, quería reservarse para el porvenir y á todo el mundo trataba con miramientos. Era un hugonote bastante tibio; algunos días después de su fuga de la corte, había asistido al oficio protestante en Alenzón, pero luego había mudado de consejo y diferido durante tres meses el profesar en la religión reformada. De buena gana hubiese querido no tener que escoger, mas como su condición de jefe de partido le obligaba á decidirse, volvió á ser protestante, aunque continuó acariciando á los católicos. Cuando el arzobispo de Vienne le hizo ver los males de la guerra, lloró y escribió á los «Señores que celebraban los Estados» una carta exhortándoles á que de nuevo deliberasen sobre la cuestión de la unidad religiosa. Y en las instrucciones anejas á la carta protestaba de su fidelidad al rey y terminaba con esta extraña declaración: «Ha solido rogar á Dios y le ruega, en una tan hermosa asamblea, que si su religión es la buena, como cree, quiera (Dios) confirmarle y asegurarle en ella, y que si es mala le haga conocer la buena é ilumine su espíritu para seguirla y vivir y morir en ella, y después de haber arrojado de su espíritu todos los dolores, le dé fuerza y medio para ayudar á arrojarla del reino y de todo el mundo, si es posible.» Los pastores, escandalizados, hicieron borrar estas líneas; pero Enrique de Navarra las volvió á poner.

El duque de Montpensier, enviado al Mediodía, regresó convertido á las ideas de moderación; en su viaje, los aldeanos, desesperados por los latrocinios de las gentes de guerra, se habían arrodillado á sus pies implorando la paz. El discurso que pronunció delante de cada uno de los tres órdenes era una excitación á la tolerancia, lenguaje completamente nuevo en boca de aquel perseguidor de protestantes. ¿Tenía celos de la popularidad de los Guisa? ¿Le había realmente emocionado la miseria de los pueblos? El Clero y la Nobleza no quisieron modificar su criterio, y el Tercer Estado recordó que había pedido la reunión de todos los súbditos en una misma fe, pero sin guerra.

Las noticias del Mediodía, la mala voluntad de los Estados y los consejos del duque de Montpensier fortalecieron al partido de la paz. Enrique III habíase inclinado á la guerra por fanatismo y por celos de los Guisa y para poder sacar dinero á sus súbditos; pero no había obtenido subsidios y se encontraba empeñado en una lucha sin recursos serios para sostenerla. Una mudanza más nada le costaba; así es que sometió nuevamente á la deliberación del Consejo la cuestión de la unidad religiosa (2 de marzo). El duque de Nevers afirmó que era preciso abrazar la causa de Dios; Catalina, por el contrario, se declaró partidaria de la paz, haciendo observar que los protestantes iban apoderándose de las ciudades una tras otra, que el rey carecía de recursos y que si bien los partidarios de la guerra invocaban en primer término los intereses de la religión, también se perdería ésta si se perdía el reino: «Que si hay otros que no se preocupan de la pérdida de este Estado para decir que han mantenido la reli-

gión católica y que esperan sacar provecho de la ruina de aquél, ella no quiere parecerseles, antes al contrario le aconseja (al rey) que lo (el reino) conserve así como su persona, esperando que Dios le favorecerá de manera que reunirá en una sola religión á todos sus súbditos.»

Al rey tocaba ahora resolver: «He deseado, dijo, que no hubiera en el reino más que mi religión, y hasta he solicitado con empeño, ya que es preciso decirlo, á todos los miembros de los tres estados, que se mostraban muy perezosos, á fin de moverles á pedir una sola religión.» Pero como le habían negado los medios de obrar, renunciaba á restablecer la unidad de fe; y previendo las falsas interpretaciones que algunos darían á su conducta, afirmaba que «pensaba profesar tanto afecto á la religión como ningún otro.» Las palabras de Enrique III, lo propio que las de su madre, aludían al ambicioso á quien comenzaban á temer tanto como á los herejes, al duque de Guisa.

En esto venían á parar los grandes proyectos de los primeros días. Cuatro meses antes el rey había declarado que jamás entraría en tratos con los herejes, y había puesto el juramento de la consagración por encima de todas las obligaciones humanas, tratados, promesas y edictos de pacificación, y ahora rechazaba, por falta de dinero, aquel ensueño de unidad religiosa, é iba á hacer la guerra á los protestantes con el propósito confesado de firmar la paz en el plazo más breve posible.

IV.—La guerra y el edicto de Poitiers

Ninguna ocasión más propicia que aquella, sin embargo, para aplastar á los disidentes; pero la ironía de las cosas hizo que los católicos abandonaran al rey en el momento único en que había tenido una inspiración enérgica. Por los resultados que logró sin el concurso de la nación puede juzgarse lo que habría podido hacer si los Estados generales le hubiesen ayudado con hombres y dinero. La política de disgregación, que tan bien practicaba Catalina, y los elementos de descomposición que contenía el partido abigarrado de los hugonotes y de los descontentos, habían dado sus frutos: aun antes de la última paz, el duque de Alenzón, que ahora era duque de Anjou, estaba cansado de sus aliados, quienes más bien le habían arrastrado que seguido en el camino de París; y Catalina le había reconciliado con su hermano y reintegrado en su papel de heredero presunto. Más difícil le fué á la reina madre reconquistar á Damville, el hombre á quien más temía, «tanto más cuanto que tiene más entendimiento, experiencia y partidarios:» le hizo ofrecer el marquesado de Saluces, si consentía en entregar las plazas del Langüedoc, y le escribió las más cariñosas cartas, en cuanto pareció que se aproximaba á la corte, diciéndole entre otras cosas: «Deseo tanto vuestro bien y tanto lo que debéis á vuestro rey, que me dedicaré siempre á lo que os interese como siempre lo he hecho y os ruego que no lo dudéis...» También halagaba á la mariscalca cuya intervención fué muy eficaz. Consecuencia de todo esto fué que á principios de marzo de 1577 Damville estaba adherido secretamente á la causa del rey.

El partido protestante hallábase debilitado por sus divisiones y enervado por su alianza con los católicos. El rey de Navarra, que por tolerancia y por política se

rodeaba de capitanes de las dos religiones, no lograba evitar sus disputas. Los católicos Lavardin, Miossens, Gramont, Duras y Roquelaure formaban un bando contra Turena, Montgomery, Guitry, d'Aubigné, La Noue y demás hugonotes. Los fracasos del partido aumentaron los resentimientos; La Noue acusó de incapacidad á Lavardin, el cual le replicó que «no podría él enseñarle su oficio;» á lo que el otro repuso, «echando mano al puño de la espada, que le costaría demasiado trabajo.» «En vista de que los dos perdían el respeto á la persona del rey (de Navarra) y á su consejo, acudieron á separarlos y el rey hasta lloró para terminar, por lo menos en apariencia, aquella disputa.»

No estaban más unidos los protestantes de la Rochela, pues mientras la rica burguesía era pacífica, el pueblo se mostraba belicoso, si bien quería la guerra, pero no se preparaba para hacerla. Los rochelenses se negaban á recibir las tropas del príncipe de Condé, y no les faltaba razón para ello porque aquellos soldados que como defensores se ofrecían habían assolado toda la comarca. Los combatientes de uno y otro culto sólo pensaban en el botín y saqueaban lo mismo á amigos que á enemigos. Los ministros se indignaban contra estas nuevas costumbres, pues hasta entonces las devastaciones se habían realizado lejos de ellos y en daño de los católicos; pero ahora veían con sus propios ojos las miserias de la guerra, y la desmoralización y la brutalidad del soldado, y atribuían la depravación de los reformados al contacto y al trato con los papistas, siendo así que sólo hubieran debido acusar á las armas crueles y corruptoras.

Salvo en el Langüedoc, los católicos obtuvieron patentes triunfos. En el centro, en la región del Loire, el duque de Anjou, al frente del ejército real, apoderóse de la Charité, que los protestantes habían tomado por sorpresa (abril-1.º de mayo de 1577), y desde allí marchó sobre Issoire, que tomó por asalto y saqueó (20 de mayo-12 de junio). Tenía libre el camino hacia los Cevenas ó hacia el Oeste, pero Enrique III, celoso de las victorias de su hermano, lo inmovilizó y envió contra la Rochela al duque de Mayenne, ese segundón de la casa de los Guisa que por ser menos eminente y menos popular que su hermano mayor, parecía menos peligroso. Mayenne fué á poner sitio á la ciudad de Brouage (22 de junio de 1577) que los rochelenses habían conquistado y no habían querido fortificar por miedo de erigir con sus propias manos y á sus mismas puertas la ciudadela destinada á bloquearlos. Este mismo temor les había inducido á dejar que se arruinaran, en un largo radio á la redonda, las fortificaciones de los castillos y de las ciudades. Por otra parte, sentían muy pocas simpatías por Brouage cuyo puerto podía hacer competencia al suyo; de aquí que no hicieran ningún esfuerzo serio para libertarla ni para abastecerla. Las divisiones intestinas que en la Rochela existían eran grave obstáculo para la defensa de la plaza: el pueblo detestaba á la nobleza y al comandante de la flota Clermont d'Amboise, y éste, que no contaba con fuerzas suficientes, vacilaba en atacar á los buques del rey encargados de apoyar á los sitiadores. El populacho, sin embargo, le obligó á librar batalla en la que fué vencido y después de la cual entró en la Rochela entre las rechiflas de aquel mismo populacho.

TOMO III

El gobernador, Valzergues de Seré, prolongó la defensa mucho más de lo que podía esperarse; pero fué mortalmente herido en la salida del 3 de agosto, y la plaza capituló pocas semanas después (21 de agosto de 1577).

Los protestantes del Mediodía, mandados por un hijo de Coligny, Francisco de Chatillón, se resistían con mejor éxito. Chatillón, á la primera sospecha de la decepción de Damville, habíase apoderado de la ciudadela de Montpellier y la había hecho arrasar (17 de abril de 1577), al mismo tiempo que Saint-Romain ocupaba Aigues-Mortes. La corte envió en socorro del gobernador del Langüedoc al mariscal de Bellegarde, y mientras éste bloqueaba Nimes, Damville sitiaba Montpellier, oprimiendo tan de cerca la ciudad que el hambre comenzó á dejarse sentir en ella y sus habitantes hablaron de capitular. Chatillón partió en busca de auxilios, recorrió los Cevenas, llegó hasta Bergerac y regresó con un pequeño ejército, rompiendo las líneas de los sitiadores y penetrando en la plaza en 1.º de octubre. De ella salió para trabar batalla contra Damville, cuando La Noue y Thoré contuvieron á los combatientes: se había firmado la paz en Bergerac en 17 de septiembre de 1577.

El Edicto de Poitiers, que confirmaba aquel tratado, reducía considerablemente las libertades que el Edicto de Beaulieu había otorgado á los protestantes: según él, ya no podían éstos practicar su culto en todos los lugares sin restricción ni reserva, sino solamente en las ciudades y burgos que disfrutaban de este derecho «antes del último levantamiento;» se les prohibía el libre ejercicio en las posesiones francesas de allende los montes; se ampliaba la zona de exclusión en torno de París; perdían la mitad de las cámaras partidas y sólo entraban por una tercera parte en las que se conservaban. En cambio, se les concedía que guardaran seis años más sus ocho plazas de seguridad.

El rey se vanagloriaba de los resultados de la guerra y llamaba á la paz de Bergerac su paz, en oposición á la paz de su hermano. Las asociaciones católicas no habían tenido parte alguna en aquel triunfo, así es que se apresuró á disolverlas. El artículo 56 del Edicto ordenaba á los de la nueva religión y á los demás que habían seguido su partido, que abandonaran desde aquel momento «todas las prácticas, ligas é inteligencias que tienen fuera de nuestro dicho reino, como lo harán todos nuestros otros súbditos que puedan tenerlas. Y todas las ligas, asociaciones y cofradías hechas ó por hacer, sea cual fuere el pretexto..., casadas y anuladas.»

CAPÍTULO III

DISTURBIOS EN LAS PROVINCIAS Y GUERRA EN LOS PAÍSES BAJOS (1)

I. Catalina, la corte y el reino. — II. La guerra de los enamorados. — III. Los Países Bajos y Portugal. — IV. La Inglaterra protestante. — V. El duque de Anjou en los Países Bajos.

I.—Catalina, la corte y el reino.

Enrique III había debilitado el poder añadiendo á los medios pequeños y á las grandes pretensiones de la política materna las incoherencias y los caprichos de un hombre nervioso, débil y perezoso. Aquel gobierno,

(1) FUENTES: Bagnenault de Puchesse, *Lettres de Catherine de Médicis*, VI-VII, 1897-1902. Berger de Xivrey, *Lettres missi-*

doblemente femenino, de la madre y del hijo, tenía, á la vez, que organizar la paz, contener á los partidos, calmar las pasiones religiosas, gobernar el reino y la corte y resolver cuestiones muy delicadas de política exterior.

La armonía que Catalina había restablecido entre la familia real habíase roto nuevamente, pues el rey y su hermano volvían á odiarse, y los que les rodeaban tomaban parte en estas contiendas y las agravaban con sus bravatas y sus apetitos de batalla y de asesinato. En 1576, el rey comenzó á vivir en la intimidad de diez ó doce jóvenes, de hermoso cuerpo y bello rostro, que se complacía (con placer sospechoso) en ver adornados, emperejillados y tocados con refinamientos femeninos, efebos equívocos que sólo con la espada en la mano recobraban su parte de hombres. Los favoritos, que así se les llamaba, fomentaban las desconfianzas de Enrique III contra el duque de Anjou, y los servidores de éste también trabajaban para irritar á su señor. Margarita de Navarra, cuyos amores divulgaba el rey, se vengaba de éste recriminándole por su afición al trato con lindos muchachos; y Bussy, amante de Margarita, calificaba á los favoritos del monarca de amantes preferidos. Quelus y algunos de sus compañeros acometieron al que así los insultaba, un día en que le encontraron fuera de la ciudad, cerca de la puerta Saint-Honoré, acompañado solamente de uno de sus domésticos. Bussy escapó de la agresión, pero pocos días después, en las bodas de Saint-Luc, que era uno de los favoritos, éstos se mofaron del duque de Anjou, á quien su madre había incitado para que se presentara en el baile nupcial.

ves de Henri IV, I. Diegerick y Muller, *Documents concernant les relations entre le duc d'Anjou et les Pays-Bas*, 1576-1583, I-V, La Haya, 1889-1899. Groen van Prinsterer, *Archives de la maison de Nassau*, VI-VIII. Digges, *The Compleat Ambassador*, 1665. Crosby, *Calendar of State papers, foreign series, of reign of Elizabeth*, XI, 1575-77, - y Butler, XII, 1577-78; XIII, 1578-79. *Correspondencia de Felipe II con sus Embajadores en la corte de Inglaterra*, Colección de documentos inéditos para la historia de España, por el marqués de la Fuensanta del Valle, D. J. Sancho Rayón y D. Francisco de Zabalduru, XC-XCII, 1888. Gachard, *Correspondance de Philippe II sur les affaires des Pays-Bas*, V, 1879. El mismo, *Relations des ambassadeurs vénitiens sur Charles-Quint et Philippe II*, 1885. *Archives curieuses*, X. *Mémoires-journaux de L'Estoile*, I y II. *Mémoires de Marguerite de Valois; de la Huguerie*, II; *du duc de Bouillon*, «S. H. F.» *Mémoires des sages et royales Oeconomies*, de Sully. *Histoire universelle de Agrippa d'Aubigné*, IV; de De Thou, 1734, VII-IX. Luis Cabrera de Córdoba, *Felipe Segundo rey de España*, edición publicada de real orden, 1876, I y II.

OBRAS DE CONSULTA: *Histoire du Languedoc* (nueva ed.), XI y XII. Papon, *Histoire de Provence*, 1786, IV. Lambert, *Histoire des guerres de religion en Provence*, I. Dufayard, *Le comte de Lesdiguières*, 1893. La Ferrière, *Le xv^e siècle et les Valois*. Secousse, *Mémoire... sur les principales circonstances de la vie... Roger de St. Lary de Bellegarde, maréchal de France*, 1764. Lettenhove, *Les Huguenots et les Gueux*, IV, V, VI. Lothrop Motley, *History of the Rise*, II. Froude, *History of England*, 1887, IX, X, XI. Green, *Histoire du peuple anglais* (trad. Monod), I, 1888. M. Hume, *Philippe II of Spain*, Londres, 1897. L. von Ranke, *Die römischen Päpste in den letzten vier Jahrhunderten*, tomos XXXVII-XXXVIII, de las obras completas, Leipzig, 1878. Forneron, *Histoire de Philippe II*, III, 1882. D'Aumale, *Princes de Condé*, II. Delaborde, *François de Chatillon*, 1886. Hauser, *La Noue*. Dr. Martin Philippson, *West-Europa im Zeitalter von Philipp II, Elisabeth und Heinrich IV*, Berlín, 1882 (Collec. Onken). El mismo, *Ein Ministerium unter Philipp II. Kardinal Gravella am spanischen Hofe*, 1579-86, Berlín, 1895. D. Modesto Lafuente, *Historia general de España*, 1889, X.

El duque abandonó la reunión y el rey, alarmado por aquella brusca salida, corrió á despertar á su madre á media noche, y mandó vigilar á su hermano y encarcelar á Simier, á Bussy y á La Chatre. La corte y los embajadores extranjeros no acertaban á explicarse aquel golpe de Estado, cuando á medio día supieron que el duque de Anjou había sido puesto en libertad y se había reconciliado con el rey. Pero las personas perspicaces opinaban que el prisionero no perdonaría fácilmente el ultraje: «Es demasiado poco, decía uno de ellos, para ser de veras, y demasiado para broma.» Cinco días después, el duque de Anjou huía del Louvre por la ventana de la habitación de la reina de Navarra y se retiraba á Angers, capital de su patrimonio; y aunque había tenido buen cuidado de escribir al rey que nada meditaba contra el sosiego del reino, su alejamiento era una amenaza; por lo que Catalina se encaminó á aquella ciudad á fin de negociar un arreglo. El paso dado por la reina madre fué mal acogido, y el duque aparentó esperar su visita en el castillo de Angers como para estar al abrigo de una traición.

La «desenfrenada jactancia» de los favoritos tomó por blanco al duque de Guisa cuya popularidad comenzaba á inspirar cierta inquietud á Enrique III; pero no faltó quien les contestara, pues los Lorena tenían también su clientela de gentes de espada. Dos de los favoritos á quienes más quería el rey, Quelus y Maugirón, ayudados por Livarot, retaron á Antraguét, Riberac y al joven Schomberg, que figuraban entre los partidarios del de Guisa. El encuentro se efectuó el día 25 de abril de 1578, á las cinco de la mañana, en el Mercado de los Caballos, cerca de la Bastilla: Maugirón murió allí mismo; Quelus recibió diez y nueve heridas y después de treinta y tres días de consunción lenta, expiró en brazos de su soberano. Este besó los cadáveres de sus amigos, se hizo reliquias con sus cabellos y les erigió un magnífico panteón en la iglesia de San Pablo; pero no se atrevió á perseguir á Antraguét, que era el único que había salido del combate sin grave herida. No fué esta la única lección que recibieron aquellos «lindos jóvenes»; en efecto, Saint-Mesgrin, otro de los favoritos, que galanteaba de una manera comprometedora á la duquesa de Guisa, fué herido mortalmente al salir del Louvre, en la noche del 21 de julio de 1578, por un grupo dirigido, según se dijo, por el duque de Mayenne hermano del duque de Guisa.

Las divisiones de la corte eran una imagen en pequeño del estado del reino, en algunas de cuyas provincias la agitación se hallaba alimentada por el descontento que producía el aumento de los repartos y de los impuestos. Los Estados provinciales de Bretaña, de Auvernia, de Borgoña y de Normandía protestaban, y el Mediodía hallábase en plena anarquía. Enrique III de buena gana habría alejado á Damville, que podía nuevamente volverse contra él, y para ello le hizo ofrecer el gobierno del marquesado de Saluces, allende los montes, ofrecimiento que Damville rechazó. Entonces el mariscal de Bellegarde pidió que le restituyeran Saluces, del que se había desprendido á cambio de la promesa del Langüedoc; pero el rey, que ahora le detestaba tanto cuanto antes le había querido, le dejó en Avignón sin empleo. El mariscal, al verse de tal suerte burlado, entendiéndose con Lesdiguières, el jefe de los re-

formados delphinenses, con el duque de Saboya y hasta con el mismo Felipe II, y pagando con el dinero español sus tropas protestantes, invadió el marquesado á principios de 1579 y ocupó las plazas fuertes, inclusa la capital, Saluces (junio de 1579). En Provenza, el conde de Carces, apoyado por la nobleza, disputaba el gobierno al conde Suze, á quien el rey acababa de nombrar su lugarteniente general en aquella provincia (1578).

El rey de Navarra quejándose de no ser más que el

de 1578), desde donde hacían sus salidas para asolar la comarca, atacar los castillos, arruinar las iglesias y secuestrar á comerciantes y viajeros. Estos atrevidos camaradas vivían en comunidad, jefes, soldados y ministros del Santo Evangelio, comían en las mismas mesas y vestían el mismo traje, salvo el capitán que llevaba al cuello una cadena de oro; y con frecuencia derrotaron á las compañías de ordenanza de Damville, sin que nadie osara atacarles en sus fortalezas. El ca-



Enrique III de Francia, cuadro de Clouet

governador nominal de Guiena; Burdeos se negaba á recibirle y el mariscal de Birón, su lugarteniente, continuaba tomando las órdenes en París. En Langüedoc los protestantes, en vista de que Luynes, gobernador de Pont-Saint-Espirit, no había licenciado la guarnición católica, se fortificaron en Bagnols. Chatillon, el hijo mayor de Coligny, á quien el rey había nombrado gobernador de Montpellier, se negaba á dejar las armas, presentándose como adversario de Damville y fomentando la agitación protestante. Partidas de ambas religiones recorrían los campos y las ciudades y los castillos habían de defenderse contra las sorpresas como en plena guerra. Los protestantes, más atrevidos y más adiestrados, tenían aterrorizada la provincia; sus partidas estaban compuestas de soldados originarios de Beziers, de Castelnaudary y de Carcasona, á quienes Damville, por miedo á su fanatismo, no había querido dejar regresar á su país y que se habían apoderado de Thezán (5 de mayo de 1578) y de Brugairolles (julio

pitán Fournier, que mandaba en Brugairolles, había cometido, según dice Poultron, varias matanzas y cogido botín por más de cincuenta mil escudos; el capitán Noguier, que se había fortificado en Saint-Nazaire, no descuidaba «nada de lo que puede hacer un hombre cruel é inhumano;» y Bacón, dueño de Thezan, «ha sostenido la campaña hace ya ocho meses, ha matado, asesinado, saqueado y robado y secuestrado á los viandantes y contra el derecho de la guerra ha despojado y secuestrado á las doncellas, pudiendo decirse, en verdad, que durante este tiempo ha causado en dicha comarca (el Langüedoc) daños por más de cien mil escudos, y ha hecho derramar tanta sangre inocente que no es creíble que Dios no quiera tomar de ello venganza...» Los Estados del Langüedoc describían «la tierra cubierta de sangre del pobre aldeano, de las pobres mujeres y de los niños; las ciudades y las casas desiertas, arruinadas y en su mayor parte quemadas, y todo esto después del edicto de pacificación.» «Y no lo

han hecho los tártaros, ni los turcos, ni los moscovitas, sino los que han nacido y se han criado en dicho país y que profesan la religión que se llama reformada, la cual religión, por su monstruosa y malvada manera de vivir harán infame y odiosa á Dios y al mundo (1).»

Damville sólo por la violencia lograba hacerse obedecer de sus propios capitanes. Juan de Parabere, que en su nombre gobernaba Beaucaire, aumentaba el contingente de sus soldados á pesar de sus órdenes y de las quejas de la provincia; el mariscal excitó secretamente á los habitantes, quienes, un domingo, asesinaron á Parabere en la iglesia y expusieron en las murallas su cabeza coronada de paja (7 de septiembre de 1578). Pero el lugarteniente del asesinado, Baudonnet, resistióse á entregar la ciudadela y llamó en su ayuda á los protestantes; y Chatillón, á quien Enrique III había escrito que no se moviese de Montpellier, no queriendo desperdiciar la ocasión de hacer de al ciudadela de Beaucaire una plaza de seguridad, acudió en socorro de Baudonnet con un pequeño ejército que resistió cinco meses á Damville (septiembre de 1578-3 de febrero de 1579).

Catalina resolvió ir en persona al Mediodía para restablecer allí el orden. Precisamente el rey de Navarra reclamaba á su esposa, la bella Margarita de Valois, y la reina madre se ofreció á llevarla á su marido y á comenzar con la reunión de estos esposos mal avenidos la obra de la pacificación. La primera entrevista se celebró en la Reole, en 2 de octubre de 1578, y fué cordial. Enrique de Navarra había de buena fe ejecutado el Edicto de Poitiers y podía con justicia considerar irreprochable su conducta; pero veíase obligado á contar con un partido fanático, irritado, y él mismo no dejaba de tener sus agravios y sus rencores, así es que cuando se vió en presencia del mariscal de Birón no pudo reprimir su cólera, costándole á Margarita gran trabajo «conciliarlos.»

Por lo demás, Enrique nada podía sin la cooperación de las Iglesias, las cuales no se dieron mucha prisa en enviar á sus representantes; ni fué tampoco fácil cosa encontrar un punto de cita que calmase las desconfianzas. Catalina, impaciente de tanto esperar, se dirigió á Auch, en donde al fin se le unió su yerno; allí prosiguieron las negociaciones en medio de placeres. Las damas de honor de Catalina, la señora de Sauves, la chipriota Dayolle, antiguas favoritas del rey de Navarra, y d'Atri, «la bufona,» trataban á su manera con los capitanes hugonotes, y aquellas gentes sólo se ocupaban de «reír, bailar y correr sortijas;» pero el menor incidente interrumpía las fiestas y rompía el acuerdo. Una noche, durante un baile, llegó un correo que le dijo al rey de Navarra, al oído, que los católicos se habían apoderado por sorpresa de la Reole; el rey avisó disimuladamente á Turena y salió con él de la fiesta, sin que nadie se enterara de lo que ocurría. Desde allí fueron á apoderarse de Fleurance, pequeña ciudad católica, viéndose entonces Catalina obligada á restituir la Reole á los protestantes.

Hasta el 3 de febrero de 1579 no comenzaron en Nerac las discusiones formales. Los diputados de las Iglesias del Languedoc presentaron un cuaderno de

(1) *Hist. du Languedoc*, tomo XII. Pruebas, col. 1280-1282.

agravios en 38 artículos, y los consejeros del rey, Pablo de Foix, Pibrac, Saint-Sulpice y el cardenal de Borbón se apoyaron en el Edicto para rechazar la mayor parte de aquellas peticiones. La reina madre asistía á los debates, halagaba á los jefes de partido y cuando convenía hablaba «regiamente y muy alto» amenazando á los diputados con mandarlos ahorcar á todos. Sus cóleras, sus halagos y la intervención de Turena y del rey de Navarra movieron á los protestantes á rebajar sus pretensiones: querían ante todo el libre ejercicio del culto «en todo el reino de Francia» y la «retención» de cincuenta y nueve plazas además de las doscientas nueve que ocupaban; Catalina rechazó la libertad de culto y les ofreció quince plazas de seguridad, pero sólo por seis meses, y habiendo los diputados aceptado estas condiciones, firmóse el tratado en Nerac el día 28 de febrero de 1579.

La reina madre se envaneció de aquel triunfo, como si la experiencia no le hubiese demostrado bastante la vanidad de las «escrituras;» su tenacidad y el aire majestuoso y autoritario que sabía adoptar le hacían ilusión. Desde su llegada al Mediodía desempeñaba el papel de árbitro entre los partidos: en Burdeos había disuelto autoritariamente las cofradías católicas, y en Tolosa había dispensado excelente acogida á Damville, pero invitándole al mismo tiempo á salir de la ciudad porque su presencia malquistaba á los habitantes. Después del tratado de Nerac, fué á Castelnaudary en donde se celebraban los Estados del Languedoc (29 de abril). Bacón se hizo comprar su sumisión y Fournier consintió en entregar Brugairolles. Catalina recibió, de paso, el homenaje de Montpellier: pasando junto á las murallas de la ciudad, avanzó osadamente hacia la puerta de ésta por un camino con arcabuceros á ambos lados y tan estrecho que la punta de los arcabuces casi tocaba al carruaje en que ella iba; los cónsules con sus túnicas encarnadas y sus caperuzas salieron á recibirla «con toda humildad,» y el pueblo mismo, admirando su valor, manifestó «un poco más de buena voluntad» de la que ella esperaba (29 de mayo).

Consiguió, además, pacificar la Provenza, en donde el conde de Carces, la mayoría de la nobleza y los católicos fanáticos, guerreaban á sangre y fuego contra el conde de Suze y contra las ciudades, los hugonotes y el Parlamento de Aix que se habían declarado partidarios de éste. Catalina aceptó la dimisión de Suze, nombró gobernador al duque de Angulema, hijo natural de Enrique II (12 de junio) y sólo dejó á Carces el título de lugarteniente general del rey. Pero razón tenía para temer que «en la cola estuviese el veneno;» porque, en efecto, su viaje acabó mal, viéndose obligada á dejar á Bellegarde el gobierno usurpado del marquesado de Saluces, y no consiguiendo ver, como deseaba, á Lesdiguières, que se negó á ir á Grenoble, en donde ella le citaba, y hasta á Montluel, en los Estados del duque de Saboya. En vista de esta negativa, hubo de encarregar á Bellegarde que negociara con su aliado y cómplice de la víspera y el acuerdo que ambos convinieron dejó á los protestantes nueve plazas fuertes, Nyons, Gap, La Mure, Livron, Pont-en-Royans, Die, etc.

En resumen, Catalina sólo había despachado expedientes que nada resolvían en definitiva. No era verosímil que los protestantes restituyeran á los seis meses las pla-

zas fuertes que con tanta energía habían reclamado; la hostilidad de la corte, las imprudencias de los católicos, sus simples desconfianzas, todo les serviría de pretexto para no desprenderse de ellas; y aun sería más fuerte la tentación si los intereses y las pasiones de los jefes excitaban á la resistencia. Enrique de Navarra, adicto á la paz por la cuenta que le tenía, no era dueño de su partido, ni de los que le rodeaban, ni siquiera de sus sentimientos.

II.—La guerra de los enamorados

Desde la llegada de su esposa, la corte del rey de Navarra había cambiado de modo de ser; la presencia de las damas había transformado aquel conjunto de capitanes y consejeros en una sociedad alegre y galante. Margarita «enseñó á su marido que un caballero estaba sin alma cuando estaba sin amor;» y él, que no necesitaba lecciones de esta clase, dedicó sus homenajes á las acompañantas de la reina, á Rebours, á Fosseuse. Margarita escogió por servidor al vizconde de Turena y no ocultaba estas relaciones, «queriendo con ello que la pública profesión percibiera cierta virtud y que el secreto fuese la marca del vicio.» La misantropía hugonote no tardó en venirse abajo: d'Aubigné tenía una querida y el mismo Sully tuvo otra. Pau, la ciudad protestante, en donde Margarita no podía practicar el catolicismo sino á puerta cerrada, había sido abandonada como residencia de la corte, trasladándose ésta á Nerac: «Allí, dice Margarita, no se oía hablar de esta diversidad de religión; el rey, mi esposo, y la princesa, su hermana, iban por un lado al oficio protestante, y yo y mi séquito íbamos á oír misa en una capilla que hay en el parque; y cuando yo salía nos reuníamos para ir á pasear juntos por un bellissimo jardín que tiene calles de laureles y de cipreses muy largas, ó por el parque que yo había mandado construir, con calles de tres mil pasos á lo largo del río; y el resto del día se pasaba en toda clase de honestos placeres, celebrándose el baile generalmente después de comer y por la noche.»

Mas no todo era inocente en aquel idilio. Enrique III se divertía contando la historia amorosa de la corte de Nerac, y sus indiscreciones exasperaban á su hermana. Esta animó á Turena, y la querida de su marido, Fosseuse, á la que había aleccionado, y hasta las camareras repetían al rey de Navarra «las palabras de desprecio» que Enrique III decía en su gabinete. Todas las damas se unieron para provocar una ruptura, que el interés de partido también aconsejaba; y el rey de Navarra y sus consejeros, puestos en la alternativa de tener que cumplir los compromisos de Nerac ó de denunciar la paz, optaron por la guerra. Chatillón y Lesdiguières recibieron aviso para que estuvieran preparados.

El príncipe de Condé fué quien dió la señal. Viendo que los católicos le impedían posesionarse del gobierno de Picardía que le otorgara el tratado de Bergerac, resolvió establecerse allí por la fuerza de las armas y atravesando secretamente el reino, tomó por sorpresa La Fere en 29 de noviembre de 1579. Catalina acudió apresuradamente á Chauny para avistarse con el príncipe, á quien ofreció, á cambio de La Fere, la mano de

la señorita de Vaudemont, hermana de la reina, pero Condé no estimó suficiente la compensación.

En la primavera de 1580 comenzó la agitación en el Mediodía. El rey de Navarra presentóse repentinamente con algunos miles de hombres delante de Cahors, ciudad admirablemente situada en el extremo de una curva del Lot y que tenía para defenderse su guarnición, sus habitantes y su valiente gobernador, Juan de Vezins. Los asaltantes derribaron las puertas con petardos y la batalla continuó en las calles, en las barricadas, contra los soldados de dentro y contra los socorros de fuera durante tres días y tres noches. Enrique de Navarra, «presente en todo, llamaba á cada cual por su nombre y enviaba capitanes que recorrieran la población y trajeran á sus hombres á golpes de alabardas;» vestido con un simple jubón y sin llevar delante más que á sus guardias, lanzóse al asalto del colegio, y de las catorce barricadas levantadas en la calle mayor tomó la más fuerte. Sus armas estaban rotas por los golpes de alabardas y por los pistoletazos, y sus pies, «grietas y manando sangre á consecuencia de la fatiga,» no podían llevarle; pero quedó dueño de la ciudad. El camarada de Gascuña, ingenioso, libertino y jactancioso, revelóse en aquellos días héroe y capitán: tenía entonces veintiséis años y su valor lo propio que su raza le ponían por encima de todos y le consagraban jefe y protector de las Iglesias (28-31 de mayo de 1580).

El partido protestante necesitaba aquella victoria, pues de todas las empresas que había acometido sólo de un pequeño número había salido bien. Aun entre los mismos reformados la opinión no era favorable al levantamiento armado que ningún agravio serio justificaba: en la Rochela, el alcalde y la burguesía contuvieron al pueblo; en Languedoc, un partido muy numeroso dirigido por hombres togados, como Clausonne y Vignoles, se declaraba contrario á la guerra, y muchos ministros opinaban en igual sentido. No es necesario, como hace d'Aubigné, incriminar la probidad de Juan de Serres, uno de los partidarios de la paz; pues las personas sensatas comprendían que la religión era sólo un pretexto. En tres meses y medio, únicamente tres ciudades, Aigues-Mortes, Lunel y Sommieres, tomaron las armas y siguieron á Chatillón, y algunos hidalgos protestantes que se habían apoderado de Montaigu, junto al Sevre nantés (15 de marzo de 1560) se vieron obligados á pedir por la violencia un ministro en Saint-Fulgent, «porque permitiendo el rey más que nunca toda la libertad en Francia para el culto protestante, los ministros estaban contra ellos (contra esos batalladores).»

La guerra se iba convirtiendo en bandolerismo. Los hugonotes de Montaigu, que en un principio habían tenido muchos escrúpulos de desbaliar á los viajeros y de saquear el país, no reclutaron un solo hombre, en vista de lo cual decidieron cambiar de sistema y en quince días se les juntaron mil quinientos voluntarios, recorriendo entonces los grandes caminos que conducían á Poitiers y á París y recogiendo un botín inmenso. D'Aubigné, que era uno de sus capitanes, ensalza á esa caballería ligera de la Reforma, á esos estradiotas «que dejaron atrás á todos los merodeadores del siglo.» Pero estos osados camaradas no vacilaban en atacar á los soldados de Re y de la Rochela que es-